

BORIS VIAN

***Los constructores
de imperios
o el Schmürz***

Título original: *Les Bâtisseurs d' Empire ou Le Schmürz.*
Traducción de: Julieta Shama

| | |
|-----------------|----|
| Personajes..... | 3 |
| Uno..... | 4 |
| Dos..... | 15 |
| Tres..... | 26 |

PERSONAJES

El Padre (León)

Zénobie

El Schmürz

Cruche

El vecino

La madre (Anna)

UNO

La escena transcurre en una habitación sin particularidades, amueblada al estilo burgués, con un aparador Enrique II en el fondo, una mesa de comedor y sillas en un rincón, ventanas cerradas, varias puertas y, en el rincón donde no está la mesa, el desembarco de una escalera que supuestamente parte de una habitación que se encuentra debajo y que conecta con otra escalera, que parece conducir a una habitación que estaría arriba. No hay nadie en escena cuando el telón se levanta. Desde la escalera, se oyen voces.

VOZ DEL PADRE (*insistente*). - ¡Vamos, Anna! ¡Apúrate!... Sólo cinco escalones más. (*Se oye un tropiezo, luego un grito.*) Te dije que no pusieras la mano donde pongo los pies, Zénobie... Son indisciplinadas, es culpa de ustedes.

VOZ DE ZÉNOBIE (*protestando*). - También, ¿por qué eres siempre el que pasa primero?

VOZ DEL PADRE (*aterrorizado*). - Cállate...

(Se oye, proveniente de afuera, un ruido atemorizador, cuya naturaleza no se puede definir. Un sonido grave, provocado por aleteos chillones.)

VOZ DE ZÉNOBIE (*tranquila*). - Tengo miedo.

VOZ DEL PADRE. - ¡Rápido... un último esfuerzo!

(El padre entra en escena cargando una caja de herramientas y unas tablas. Se desploma, se pone de pie y mira a su alrededor. En ese momento, aparece el resto de la familia: Zénobie, la hija, que tiene dieciséis o diecisiete años; Anna, la madre, de treinta y nueve o cuarenta; el padre es un cincuentón barbudo. También está la criada, a quien llaman Cruche. Todos llevan un montón de paquetes y valijas. En un rincón, está el schmiürz, acurrucado, envuelto en vendas y vestido con andrajos. Tiene un brazo en cabestrillo y con el otro sostiene un bastón. Cojea, sangra y es desagradable a la vista. Ahora está acurrucado en el rincón.)

PADRE. - Ya casi estamos, niños. Un último esfuerzo.

(Desde la calle, es decir, más allá de las ventanas, se oye nuevamente el ruido, Zénobie protesta.)

MADRE. - Querida, vamos...

(La madre va a acariciarla, pero el padre la detiene.)

PADRE. - ¡Anna! Rápido, ayúdame. Esto es lo más urgente. (*Se precipita hacia la escalera, comienza a obstruir el tramo descendente con las planchas; ella corre en su ayuda y, al pasar, percibe al schmiürz, se queda quieta, lo mira despectivamente, y se encoge de hombros.*) Sostén la tabla mientras busco un clavo. (*Hurga en su caja de herramientas y encuentra un clavo.*) En realidad, debería poner un tornillo, pero eso trae muchos problemas.

MADRE. - ¿Por qué?

PADRE. - Para empezar, no tengo tornillos. Además, no tengo destornillador. Y, en tercer lugar, nunca sé hacia qué lado se gira para atornillar.

MADRE. - Así...

(La madre le muestra el modo equivocado.)

PADRE. - No, es así.

(El padre le muestra la manera correcta. El ruido de la calle aumenta, Zénobie grita, furiosa.)

ZÉNOBIE. - ¡Vamos, apúrate!

PADRE. - Dónde tengo la cabeza... Y tú, que me distraes.

(El padre clava.)

MADRE. - ¿Cómo? ¿Yo te distraigo?

PADRE. - No discutamos, querida. *(Se arroja sobre ella y la besa violentamente.)* ¡Uy, uy, uy! ¡Cómo me inspiras...!

(Vuelve a su tabla.)

ZÉNOBIE. - Tengo hambre.

MADRE. - Cruche, dé de comer a la pequeña.

(Durante ese tiempo, la mucama se ha ocupado de ordenar la habitación, evitando cuidadosamente acercarse al schmürz.)

CRUCHE. - Sí, señora. *(A Zénobie.)* ¿Quieres huevos, leche, gratín, galletas de harina de avena, chocolate, café, pan con manteca, mermelada de damasco, pasas, frutas, legumbres?

ZÉNOBIE. - No, quiero comer.

CRUCHE. - Bien. *(Le alcanza un paquete de bizcochos.)* Entonces, come, puesto que no quieres nada.

(Vuelve a pasar delante del schmürz y se aparta visiblemente. El padre apoya su martillo y se levanta.)

PADRE. - ¡Uff! Ya está... Vamos a poder distendernos un rato...

(Se estira.)

MADRE. - El cuero no será caro este año.

PADRE. - ¿Qué dices?

MADRE. - Dije que el cuero no va a ser caro este año. Los terneros se estiraron. Es un viejo proverbio normando. Deberías saberlo.

PADRE. - ¿Por qué debería saberlo?

MADRE. - ¿No te acuerdas? Eras desollador en Normandía... tiempo atrás.

PADRE. - No, lo había olvidado.

MADRE. - En Arromanches...

PADRE. - Ah, mira... *(se rasca la barba)*, qué interesante. *(Va hacia el schmürz y, al pasar, lo abofetea; después vuelve, siempre pensativo.)* Eso que dices me ha dejado estupefacto.

MADRE. - ¿Por qué?

PADRE. - Me dejó estupefacto, es todo: Lo había olvidado por completo. *(Golpea las palmas.)* Entonces, Cruche, ¿ese orden se termina? *(Inspecciona a su alrededor.)* Se está bien aquí.

(La madre va hacia el schmürz y lo pateo varias veces.)

ZÉNOBIE *(mirando el aparador)*. - Es horrible.

PADRE. - ¿Cómo? ¿No estás contenta?

ZÉNOBIE. - ¿Cuanto tiempo va a durar esto? ¿Cuántas veces vamos a vernos obligados a precipitarnos así, en la noche, dejando la mitad de las cosas detrás de nosotros, todos los rincones que conocemos, el sol, los árboles...?

PADRE. - Pero escucha, aún tenemos suerte... Mira esta escalera...

MADRE. - Oh, eso no tiene nada de extraordinario. La pequeña tiene razón.

PADRE. - Quiero creer que no está mal. Una escalera como ésta, incluso en plena oscuridad podríamos treparla...

(El padre prueba lanzándose hacia ella con energía, luego baja.)

MADRE. - Es peor que la anterior.

PADRE. - Debe de ser igual.

(El padre se quita el polvo de las manos.)

ZÉNOBIE. - Pero ¿cómo puedes tener tanta mala fe? Abajo, yo tenía mi cuarto...

PADRE. - ¿Cómo? Abajo, teníamos tres cuartos, como aquí. Tú dormías en el estudio.

ZÉNOBIE. - Pero no, no hablo de ayer... Quiero decir, abajo mucho antes...

PADRE *(a la madre)*. - ¿Tenía su cuarto?

MADRE. - No me acuerdo muy bien. *(A Zénobie.)* ¿Tenías tu cuarto?

ZÉNOBIE. - Sí, tenía mi cuarto, al lado del de ustedes, frente a la salita.

MADRE. - ¿Qué salita?

ZÉNOBIE. - La salita, con los sillones rojo oscuro y el espejo de Venecia, y las lindas cortinas de seda roja. La alfombra roja y la araña dorada.

MADRE. - Zénobie, ¿estás segura de lo que dices?

ZÉNOBIE. - Sí, estoy segura.

PADRE. - Yo no me acuerdo de eso... Por lo tanto, cómo tú... una niña...

ZÉNOBIE. - Precisamente por eso; los jóvenes son los que se acuerdan. Los viejos olvidan todo.

PADRE. - Zénobie, respeta a tus padres.

ZÉNOBIE. - Había seis cuartos.

MADRE. - ¡Seis cuartos! ¡Qué trabajo!

ZÉNOBIE. - ¡Y Cruche también tenía su habitación! ¡Y él no estaba ahí!

PADRE. - ¿Quién no estaba ahí?

ZÉNOBIE. - ¡Él!

(Zénobie señala al schmürz; éste se mantiene inmóvil. Hay un silencio muy largo.)

MADRE *(atenta)*. - Zénobie, mi hijita, ¿de quién hablas?

PADRE. - Zénobie, deberías descansar.

(Entre tanto, Cruche sale hacia el jardín. El padre y la madre se acercan a Zénobie.)

MADRE. - ¿No ves que no hay nadie? *(Se acerca al schmürz y le pega en la cabeza.)*

¿No ves?

(La madre jadea.)

ZÉNOBIE *(tambalea)*. - Teníamos seis piezas... Estábamos solos... Había árboles delante de las ventanas...

PADRE *(se encoge de hombros)*. - ¡Árboles! *(Se aproxima al schmürz. y le pega en la cabeza.)* Árboles...

(Se seca las manos.)

ZÉNOBIE. - Baños blanquísimos...

(Cruche vuelve a entrar.)

CRUCHE. - Señor...

PADRE. - ¿Y ahora qué?

CRUCHE. - No hay más que dos cuartos aquí: ¿dónde voy a dormir yo?

PADRE. - Y bien... Nosotros vamos a ubicarnos al lado, mi mujer, mi hija y yo... Y usted dormirá aquí...

CRUCHE *(decisiva y fría)*. - No...

PADRE *(ríe, molesto)*. - No... ella dice no... ¡Voilà, entonces!

MADRE (*al padre*). - Vas a hacerle un tabique. (*A Cruche, dura.*) ¿Va a decidirse al menos?

CRUCHE (*se encoge de hombros*). - Si el señor construye un tabique... (*Va a donde está el schmürz y le pega sin convicción.*) Con un tabique, podría perfectamente dormir aquí...

(*Vuelve a alzar los hombros y pasa a la segunda habitación llevando un utensilio. Silencio.*)

ZÉNOBIE. - ¿Ves?... No hay más que dos cuartos. Estaba segura.

(*El padre se ha sentado. Por primera vez luce desconcertado.*)

PADRE. - Dos cuartos... No está tan mal... Hay personas que viven en lugares más chicos que éste...

ZÉNOBIE (*asustada*). - Pero ¿por qué, por qué...?

MADRE. - ¿Por qué qué?

ZÉNOBIE. - ¿Por qué nos vamos cada vez que escuchamos ese ruido? (*La madre y el padre se encogen de hombros.*) ¿Qué es ese ruido? ¡Díganme! Dime, mamá...

MADRE. - Zénobie, mi pequeño ángel, te hemos dicho cien veces que no preguntes eso.

PADRE (*evasivo*). - No sabemos qué es. Si lo supiéramos, te lo diríamos.

ZÉNOBIE. - Pero tú generalmente sabes todo...

PADRE. - Generalmente, sí. Pero ésta es justamente una circunstancia excepcional. Y, además, las cosas que yo sé son las que tienen importancia real, no los espejismos.

ZÉNOBIE. - Entonces, ese ruido, ¿no tiene una importancia real?

PADRE. - En el fondo, no.

MADRE. - Es una imagen.

PADRE. - Un símbolo.

MADRE. - Una referencia.

PADRE. - Una advertencia. Pero no hay que confundir la imagen, la señal, el símbolo, la referencia y la advertencia con la cosa misma. Eso sería un grave error.

MADRE. - Una confusión.

PADRE. - Tú no te metas en la discusión. Después de todo, esta pequeña es tu hija.

ZÉNOBIE. - Pero si no tiene una importancia real, ¿por qué nos vamos?

PADRE. - Es más prudente.

ZÉNOBIE. - Es más prudente, aun cuando nos haya hecho abandonar un departamento de seis cuartos donde estábamos solos, para llegar a uno de dos.

(*Zénobie mira al schmürz.*)

PADRE. - La prudencia ante todo.

(*El padre va hacia el schmürz, le escupe y regresa.*)

ZÉNOBIE. - Tenía mi cuarto, un tocadiscos, discos, no tengo más nada y hay que volver a empezar de cero.

PADRE. - ¡De cero! Mira, acá hay un aparador Enrique II más que honroso.

MADRE. - Realmente, no tienes de qué quejarte. Piensa en los otros.

ZÉNOBIE. - ¿Qué otros?

MADRE. - Los hay más desdichados que tú.

PADRE. - Que nosotros. (*Satisfecho.*) Y sí..., dos piezas, para los tiempos que corren...

MADRE (*recitando*). - Hacia dónde corre, de dónde viene, poco importa... / camina de puerta en puerta. (*Se interrumpe.*) No es eso...

PADRE. - Eso empezaba bien, ¿por qué no continuas?

MADRE. - La lasitud...

PADRE. - Yo estoy muy contento con esta escalera. (*Va y la golpea con la palma de la mano.*) Es de roble.

MADRE. - Es de haya imitación roble.

PADRE. - De haya... no. De pino, si quieres, pero no es de haya. Es una madera demasiado... eh... la haya, quiero decir.

MADRE. - ¿Dónde está la cocina?

PADRE (*señala una puerta*). - Debe de estar por allá.

ZÉNOBIE (*vuelve a empear como si fuera una melodía lejana*). - Abajo, tenía mi habitación, era azul, como para un varón; en el medio, un pequeño escritorio; en el cajón de la derecha, mi álbum de fotos de artistas; debajo, mis cuadernos de clase; y mis libros, sobre la estantería. Además, por la ventana, veía los árboles verdes, el sol pasaba siempre; eran los años con doce meses de mayo, meses de mayo con treinta y un domingos, domingos que olían a cera fresca y a bombón inglés, y, sobre mi cama, un cubrecama de encaje, el encaje era falso pero muy lindo, lo remojábamos en agua con té para darle el color del pan. El domingo por la tarde, yo bailaba.

MADRE. - Querida, a tu edad, no se vive de recuerdos.

(*La madre interrumpe su discurso. El padre ha abierto todas las puertas, los placards y el aparador, dándole de vez en cuando un puñetazo al schmürz.*)

PADRE. - ¡Ah! Acá está la puerta del palier, llamada así porque da al palier.

ZÉNOBIE. - ¿Y qué da?

PADRE. - Zénobie, no tomes todo al pie de la letra, que me da vértigo.

ZÉNOBIE (*murmura*). - Al pie de la letra. (*Zénobie se encoge de hombros.*)

PADRE. - Zénobie, deberías hacer tus deberes. (*Sale al palier, se lo ve escudriñar la puerta del departamento de enfrente. Vuelve a entrar mientras Zénobie arrastra los pies distraídamente.*) El vecino tiene el aspecto de un hombre *comme il faut*.

MADRE. - ¿Lo has visto?

PADRE. - No, he visto su tarjeta¹.

MADRE. - La tarjeta no es el territorio. Me lo has repetido bastante seguido.

PADRE. - Es consejero.

MADRE. - Eso puede ser útil.

(*Entra Cruche.*)

CRUCHE. - ¿Qué hago para el almuerzo?

ZÉNOBIE. - ¿Para el almuerzo o para nosotros?

CRUCHE. - ¿Qué cocino?

MADRE. - Se podría comer frío.

ZÉNOBIE. - ¿Comer quiénes?

PADRE. - ¿Comer qué?

CRUCHE. - ¿Ternera, guiso, rábano, sémola, rodaballo, zanahorias o croquetas? O si no, ¿anguila, salame, carne mechada, cabeza de puerco a la vinagreta o mejillones?

MADRE. - En principio, ¿qué es lo que queda?

CRUCHE. - Fideos.

¹ Corte significa tanto "tarjeta personal" como "mapa". De este modo, puede verse el juego de palabras que introduce la madre. (*N. Del T.*)

PADRE. - No quiero fideos. De todas formas, después de una noche como la de anoche...

MADRE. - Haga fideos, si no hay otra cosa.

CRUCHE. - No vale la pena hacerlos porque ya hay.

MADRE. - Entonces, cocínelos.

CRUCHE. - Bien.

(Cruche sale por el lado de la cocina.)

PADRE. - Me pregunto qué tipo de consejos puede dar.

MADRE. - ¿Quién?

(La madre va a golpear al schmirz. El padre se deja caer en el sillón y enciende su pipa.)

PADRE. - El vecino.

MADRE. - ¡Ah! El consejero.

ZÉNOBIE. - Mamá, ¿puedo encender la radio?

MADRE *(al padre)*. - ¿Puede encender la radio?

PADRE. - La radio... *(Se rasca la cabeza.)* ¿Dónde está? Yo la había embalado con la frazada a cuadros. ¿Tú la has tomado?

MADRE. - No... Yo tenía la valija negra vieja, el bolso de ropa blanca y las provisiones.

PADRE. - Yo tenía la cesta de mimbre, la caja de herramientas, las tablas... *(Llama.)*
¡Cruche! ¡Cruche!

(Entra Cruche.)

MADRE. - No encontramos la radio. ¿Usted qué traía cuando llegamos?

CRUCHE. - La lámpara grande, la vajilla, el cuadro del primo, la maleta de hierro, el botellero, la fresquera, la caja de zapatos, la aspiradora y mis cosas...

PADRE. - Y, naturalmente, se olvidó la manta amarilla.

CRUCHE. - Nadie me dijo que la trajera.

(Cruche va a pegarle al schmirz. La madre mueve la cabeza.)

PADRE. - Y bien... Nos arreglaremos sin la radio.

MADRE. - De todas formas, nunca la escuchamos. *(Zénobie sale.)* La pequeña se enojó.

PADRE. - ¿Por qué?

MADRE. - No sé.

(Un silencio.)

PADRE. - Iré a visitar al vecino.

MADRE. - De acuerdo, ve, eso te mantendrá ocupado.

(La madre retoma su labor mientras el padre abre la puerta y la deja abierta. Se lo ve golpear la puerta de enfrente, ésta se abre. Entra y la puerta vuelve a cerrarse. Silencio. Zénobie vuelve a entrar.)

ZÉNOBIE *(amenazante)*. - Y ahora, ¿qué va a pasar?

MADRE *(cosiendo)*. - Tu padre se ocupa de eso.

ZÉNOBIE. - Va a ser como antes, sólo que un poco peor. Vamos a vivir un poco peor, haremos los mismos gestos, un poco menos vivos, con menos cuidado en los trabajos. Las noches pasarán, los días serán parecidos a las noches y, de repente, escucharemos el ruido, subiremos la escalera, olvidaremos algo... Y no habrá más que un solo cuarto..., donde ya habrá alguien.

MADRE *(afectuosa)*. - Cállate, mi pequeña, estás delirando.

ZÉNOBIE. - Pero yo, en esta historia, ¿qué vengo a ser?

MADRE. - Te digo que tu padre se ocupa de eso. Hay cantidad de soluciones posibles.

ZÉNOBIE. - Entonces, ¿reconoces que es un problema?

MADRE. - Zénobie, me irritas. Los niños sólo les plantean problemas a sus padres en la medida en que estos últimos los reconozcan como tales.

ZÉNOBIE. - ¿Reconozcan qué? ¿Los niños o los problemas?

MADRE. - Gracias a Dios no tenemos ningún problema. (*Se levanta y acribilla salvajemente al schmürz con tijeretazos.*) No veo qué puede atormentarte.

(*El padre regresa acompañado por el vecino.*)

PADRE. - Le voy a presentar a mi pequeña familia: Anna, mi mujer...; Zénobie, mi hija.

EL VECINO. - ¡Señora!

PADRE. - Señor Garet...

ZÉNOBIE. - Lo conocemos desde hace tiempo. (*Silencio.*) Ya vivía enfrente de nosotros cuando yo tenía mi pieza con mis discos.

PADRE (*se aclara la voz*). - Hum... eh... Bien, no tengo necesidad de mostrarle el departamento, ya que el suyo es idéntico.

ZÉNOBIE. - Y luego, cuando subimos un piso, era también él, quien vivía en el mismo pasillo.

PADRE (*habla fuerte*). - Este aparador, usted lo ve, no tiene nada que envidiarle al suyo...

(*El vecino mira al schmürz.*)

EL VECINO (*a media voz*). - Es completamente igual al nuestro.

PADRE (*mismo tono*). - ¿No es cierto? Yo creo que todos se parecen.

(*El vecino le da una patada al schmürz.*)

ZÉNOBIE. - Y luego, cuando subimos otro piso, él hizo lo mismo que nosotros.

EL VECINO. - ¡Esta niña tiene una memoria!

PADRE (*halagado*). - ¿Qué me dice?

EL VECINO. - Sí, los niños son asombrosos en estos tiempos.

PADRE (*intrigado*). - ¿Qué entiende por eso?

EL VECINO. - Y bien... En otro tiempo... no sé... eran bastante diferentes.

MADRE (*convencida*). - Usted tiene mucha razón.

ZÉNOBIE. - En otro tiempo, ¿eran diferentes de qué? Eran ustedes los niños en otro tiempo. ¿Entonces? ¿Cómo quieren comparar?

EL VECINO (*al padre*). - Tiene una hija que piensa mucho, es evidente.

PADRE (*se lanza en una explicación*). - Tienes que comprender, Zénobie, que una comparación puede tener lugar en el tiempo.

ZÉNOBIE. - Pero, entonces, ¿quién compara en este momento? Tú no puedes comparar ahora, con tu mentalidad idiota, al niño que eras en ese entonces con la muchacha que soy en este momento.

PADRE. - Zénobie, estás yendo demasiado lejos.

EL VECINO. - Sin embargo, su hija ha dado en el blanco. Es el problema del observador imparcial.

ZÉNOBIE. - Eso no existe.

EL VECINO (*se instala*). - Me encantaría conocer su punto de vista.

ZÉNOBIE. - Si observa, ya no es imparcial; tiene un deseo, el de observar. O bien, observa distraídamente, y ya no es un buen observador.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

